

UN ESTUDIO MAGISTRAL SOBRE EL CRONISTA JUAN DE CASTELLANOS

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO

ISAAC J. PARDO, *Juan de Castellanos. Estudio de las Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y Educación. Instituto de Filología "Andrés Bello". Caracas, Imprenta Universitaria, 1961. 497 p. retr. facs. 23½ x 16½.

El autor es un médico venezolano, escritor y periodista. Ha sido presidente del diario *El Nacional*; retirado hace algún tiempo de su profesión, se ha consagrado a la Historia. Ha escrito una corta biografía de Castellanos en la colección Mendoza y un libro muy hermoso sobre el siglo XVI en Venezuela: *Esta tierra de Gracia*.

Hace la presentación de la obra el distinguido Profesor Angel Rosenblat, director del Instituto de Filología en estos términos: "Isaac Pardo ha penetrado en el vasto y complejo mundo de las *Elegías* y ha desentrañado de ellas la tradición grecolatina, la raigambre hispánica, los elementos barrocos (hoy se tiende a ver clasicismo, barroquismo y aun romanticismo como vertientes perpetuas de la expresión poética), los valores novelescos, la temática y sobre todo el reflejo de la vida americana (la naturaleza y el hombre). Para nosotros cobra especial valor su estudio de la lengua: los latinismos, las voces populares, las frases familiares, los refranes, los indigenismos, que analiza con abundante documentación y con todo el arsenal erudito".

Por su parte el autor confiesa que lo que más le impresionó en "el tremendo librote" fue el quijotismo de Castellanos, quien disponía de la hacienda de su prosa, pero gustaba de hacer versos. "Y un buen día —llevaba escrita gran parte de la obra— desechó lo seguro para lanzarse, con candidez y heroísmo, a una de las más descabelladas aventuras de la literatura universal". Le atrajo también la significación de la obra como reflejo de la cultura que trascendió de España al Nuevo Mundo y la variedad de materia literaria contenida en el poema.

Con justicia reclama el autor la originalidad de su investigación sobre futilidad y como final, una ácida melancolía y la inutilidad de existencias

Esta nueva obra del autor es inferior en calidad estética a *La Gaitana*.

Decíamos que esta novela es inferior a *La Gaitana*, pues, los personajes corrientes literarias hispánicas, "aspecto este de las *Elegías* inexplicablemente desatendido hasta ahora".

La obra está dividida en tres partes: I—Juan de Castellanos y su obra; II—Aspectos literarios de las *Elegías* y III—El Nuevo Mundo.

Una serie de apéndices, quizás lo más importante desde el punto de vista filológico, tratan de los latinismos, voces de lenguaje popular, frases familiares, refranes, voces indígenas, términos poco usuales y erratas de las *Elegías*.

Una selección de trozos escogidos, y por cierto muy bien escogidos, cierra la obra. Un índice alfabético de voces y temas, hace fácil su consulta.

En la primera parte en que estudia al hombre, sigue de cerca la obra de don Ulises Rojas *Juan de Castellanos*. Entra luego a estudiar los orígenes, las fuentes y la realización de las *Elegías* y presenta la división y contenido de la crónica, con la vida y aventuras de los manuscritos y ediciones.

La segunda parte comienza por los juicios críticos que se han hecho del Beneficiado, comenzando por sus contemporáneos, luego en los siglos XVIII y XIX y en la actualidad. En cuanto a la forma, estudia detenidamente el verso y la estrofas con abundantes ejemplos tomados de las *Elegías*. Muestra con abundancia de erudición los reflejos de la antigüedad clásica griega y romana en Castellanos, antes de entrar en el capítulo que sin duda es el más original, sobre las corrientes literarias hispánicas. Por allí desfilan los rasgos arcaicos, que recuerdan el *Cantar del Mio Cid* o a Manrique. Juan de Mena ejerce influencia señalada en nuestro cronista; reminiscencias de Gómez Manrique, Garcilaso y aun Herrera, fórmulas del Romancero, parentesco con fragmentos de Juan de Padilla o Juan del Encina, son comunes en la obra de Castellanos.

Hace remontar al siglo XV el gusto por los juegos de palabras tan característicos en nuestro cronista, como también la costumbre de intercalar latines en sus versos. Los sinónimos y el hipérbaton tan comunes en las letras españolas de la época, le merecen al autor especial atención. "Por la marcada inclinación de Castellanos al rasgo popular y por la época en que escribió, sorprende la escasez de reminiscencias del Romancero en las *Elegías*. Las pocas que hay proceden de trozos tan repetidos, que eran ya de los más manoseados lugares comunes", dice Pardo. Sin embargo, busca el origen de ciertos versos de Castellanos en los romances más conocidos. Consideración especial lo merecen al autor la influencia de Garcilaso, Castillejo y Montemayor en Castellanos.

Muestra la relación entre las *Elegías* y *La Araucana* para concluir que Ercilla ejerció una influencia en nuestro cronista, no solamente en la concepción general del poema sino también en numerosos pasajes.

"Castellanos debió comenzar la versificación de las *Elegías* alrededor de 1577, puesto que en 1579 andaba por el séptimo canto de la *Elegía* VI de la primera parte, dice el autor. Así podemos afirmar que ya entonces, y en un lugar de Indias tan apartado como la ciudad de Tunja, había

manifestaciones, evidentes desde el comienzo mismo del poema, que anuncian el barroco. Y si recordamos que algunos hombres letrados de aquella sociedad hacían reparos al verso endecasílabo como novedad poco recomendable, habremos de reconocer en el Beneficiado mucha decisión e independencia de criterio para producirse, a ratos, como un poeta barroco". Después de presentar numerosos ejemplos que recuerdan modalidades muy características de aquella tendencia, concluye: "El lector que haya seguido con atención las páginas precedentes convendrá en que este riguroso examen, para sentar plaza de culterano ya bien entrado el siglo XVII, lo hubiera podido pasar aiosamente don Juan de Castellanos. El Beneficiado voló a escasa altura y en su lucha con el verso se echa de ver lo que Menéndez Pelayo advertía en Juan de Mena: "La resistencia del material, el sudor y la fatiga del obrero". Pero aun con todas sus limitaciones, podemos afirmar que en los antecedentes del barroco en América corresponde a Castellanos y a sus *Elegías* un lugar prominente".

El autor sagazmente encuentra en la obra de Castellanos aquellos elementos que constituyen el barroco: la elegante oscuridad, el jugueteo conceptista, la abundancia de metáforas, el hipérbaton, la decoración mitológica, la perífrasis y la nota dolorosa o trágica, todo ello ilustrado con ejemplos bien escogidos.

Y no es de extrañar tal afirmación si se tiene en cuenta que el barroco del siglo XVII tuvo sus raíces en épocas anteriores: 1580, que es precisamente cuando Castellanos escribe sus *Elegías*. Porque quién puede negar que tal reacción se advierte ya en Antonio de Guevara y aun más allá en Juan de Mena y en la misma *Celestina*, donde el protagonista se expresa con rodeos y poesías de exuberancia mitológica y metafórica. Si tenemos en cuenta el uso abundante que hace Castellanos de neologismos o vocablos nobles tomados del latín, la transposición de la frase o hipérbaton y para completar, la metáfora, tendremos una clara manifestación de culteranismo. Al culteranismo formal se agregan los elementos de fondo, de sentimiento, como son el naturalismo, el ilusionismo, la exageración de la individualidad y la humanización de lo sobrenatural de que podríamos encontrar numerosos ejemplos en las *Elegías*.

Lo novelesco en Castellanos es otro de los temas que desarrolla el autor. Allí analiza la técnica novelística, la exageración, lo fabuloso y sobrenatural, lo novelesco propiamente dicho. Con el nombre de "El tono menor" hace un análisis completo de la llaneza del hombre del pueblo, sencillo y realista. Anota el detalle minúsculo, el chiste y la ironía, las supersticiones y la misma crudeza del relato. Ya Menéndez Pelayo al encomiar el realismo de Castellanos hace una salvedad: "cuando este realismo no degenera en chocarrería trivial y soldadesca, más propia de un mariscador de la playa de Huelva que de un clérigo constituido en dignidad". Pero no olvidemos que el naturalismo del barroco se compone según Pfandl de distintos elementos: "unos positivos: ávido impulso vital, brutalidad, inmoralidad, crueldad, cínico espíritu de burla, picardía, criminalismo; y otros negativos: desengaño, trulencia, melancolía, hipocondría". Esta sería una razón de más para reforzar el argumento del barroquismo de Castellanos.

Cierra esta segunda parte con el estudio de la erudición en Castellanos en donde apunta las referencias de segunda mano, la materia jurídica y militar y sus conocimientos en ciencias naturales, astronomía e historia.

Resume el estudio de José Manuel Rivas Sacconi sobre la poesía latina de Castellanos, por considerar que esa materia "está más allá de nuestras capacidades".

La tercera parte, *El Nuevo Mundo*, le da ocasión al autor para mostrar las cualidades descriptivas de Castellanos en cuanto se refiere al paisaje, la flora y la fauna. Aunque no debemos hacernos la ilusión de que Castellanos se sustrae a lo que pudiéramos llamar un defecto de la época: la escasa importancia que le dieron a lo que llamamos color local.

En cuanto a su visión de los indios, los pinta como el "buen salvaje" y pone en su boca conceptos cortesanos y aun reminiscencias clásicas.

En las *Elégias* se refleja el largo y penoso proceso de la colonización con sus penas y desengaños, los alegres chapetones que veían convertidas en nada sus doradas ilusiones, el ambiente de la ciudad con sus galas y festejos y el abigarrado conjunto de letrados, médicos y artistas.

En apéndices especiales estudia el autor los latinismos, voces del lenguaje popular, frases familiares, refranes, voces indígenas, términos poco usuales y finalmente las numerosas erratas que se encuentran en las ediciones de Castellanos.

Cada uno de estos temas, tratados por el autor con insuperable competencia, merecerían un estudio especial. Nadie más capacitado que el señor Pardo para regalarnos con una edición crítica y anotada de Castellanos, que esperamos de su devoción por el cronista. Tiene los elementos a la mano y sobre todo, una capacidad innegable para llevarla a cabo.

El libro termina con una selección del Beneficiado en la cual se puede apreciar la prosa y el verso en los pasajes más sobresalientes de su inmensa crónica rimada.

Por estas consideraciones puede darse cuenta el lector de la magnitud de la obra adelantada por don Isaac J. Pardo, que lo coloca por derecho propio en el primer plano de los comentadores de Castellanos. Obra seria y documentada, escrita con propiedad y elegancia, que invita al temeroso lector a adentrarse en esa selva de versos, que ha detenido a más de uno en la primera página de sus innumerables octavas y versos sueltos.

La edición está a la altura del libro. Libre de erratas, clara y elegante, es una invitación tentadora a recorrer las amenas páginas en que va desarrollando el ingenio burlón del Beneficiado y el raro sentido crítico del afortunado comentador.